

DOS POEMAS DE JOSE ANTONIO SÁEZ.

(DEL LIBRO INEDITO, EPITALAMIO)

179



JOSE ANTONIO SÁEZ

Atravesó mi escudo con su flecha el arquero
y me sentí tan frágil ante el azar confuso
que confié a su destreza mi suerte amenazada
en la batalla incruenta en que me hallo inmersa.

El aire su presencia llevó hasta mis pupilas,
provocando el asombro de saberme a su alcance
y me puse a resguardo del más diestro jinete
que concentra en la diana toda su ciencia infusa.

No cesaba en su caza el guerrero soberbio,
me batí en el combate con mis armas labradas
mientras en el torneo, al caer de la tarde,
relinchó su caballo presumiendo conquista.

Al alba, el bello rostro de aquel a quien rendí
el vergel de mi alcázar lavaba con mis manos,
y allí luego curaba la herida que en mi pecho
dejara su saeta, delicada y certera.

Cae sobre mi como lluvia suave
y no atiende a razones.

Va y me susurra al oído palabras
encendidas en el más vivo idioma.

Graba siempre mi nombre
en el tronco de los chopos silentes,

a la orilla de un río
sosegado, fundido junto al suyo.

Se destiza en las sombras de la noche,
tal y como el felino tras su presa,

y se escabulle luego
en los arbustos del jardín cercano.

Me llama y su rugido
se escucha en el pantanal donde silban

los pájaros al alba rosicler.

Habita en soledad y no desea
otra compañía que mi apostura.

Ella es así, y cautiva.